

1.

Compañero Presidente:

Compañeros:

Señoras:

Señoritas:

Era una fresca madrugada de primavera: los rayos aurorales del Astro Rey, apenas traía su luz á la ciudad. Más ó menos, eran las cinco de la mañana, hora en la que salía yo de la panadería donde trabajaba, después de cumplir las ocho horas de labor agitada, ruda, debilitante. Al voltear por una de las calles cercanas á la panadería, me detuve á contemplar un cuadro natural, hermoso, digno de ser captado y copiado por los grandes maestros del pincel y el buril.

El cuadro que me llamó la atención, por largo rato, era: un perro que yacía tendido al borde de la acera, aplastado por un auto, indudablemente, á media noche, cuando el pobre perro dormía tranquilamente, tal vez, sin pensar que la muerte le rondaba, esperando el momento oportuno para tronchar su existencia. Al pié del difunto animal estaba sentado sobre sus patas traseras, un cachorro, velando á su congénere: el sueño le rendía y,

de vez en cuando, cabeceaba: era el momento en que una parvada de gallinazos, que merodeaba al rededor del cadáver, se acercaba á la codiciada presa, deseosa de saciar sus hambres. Más, el mozo cán, fiel á su consigna de buen amigo, despertaba bruscamente y, con sus ladridos y sus correrías en diferentes direcciones, aumentaba á las clásicas aves higienizantes.

Una viejecita vecina del barrio, que salía de su casa en pos del cotidiano pan, al verme cómo contemplaba el descrito cuadro, se acercó á mí, diciendo: ¡pobre Cucho! tan servicial cómo era. Y me contó brevemente esta historia:

Cucho era un viejo perro, gordo, grande, de pelo negro y encrespado. No tenía dueño, se había criado en el barrio: era un bohemio; comía donde se le antojaba, pues, como era tan servicial y manso, las vecinas todas le hacían cargar atados de recado, u otros objetos, que él llevaba, muy contento, en el hocico. Los niños del barrio jugaban con él al caballito, montándose sobre su lomo y, resignado, les paseaba cuatro ó cinco pasos: á veces hacia de toro, y los niños eran los toreros. Por esto, todo el vecindario le quería y le daba su comida, cuando él se presentaba á alguna casa, á la hora del almuerzo ó de la cena. Así, se ganaba, Cucho, legítima y honramente, el sustento diario. Y, cuando la noche llegaba, dormía en la calle, donde

mejor le convenía o le vencía el sueño. Por eso, la muerte le sorprendió en plena calle, cuando, tal vez, soñaba en sus juegos con los chiquillos del barrio, o en los servicios que debía realizar al siguiente día.

Marquiez se llamaba el cachorro, de manchas blancas y chocolate: era un bonito ejemplar de esos llamados perros de agua. Su dueño era un semiburgués, propietario de una casita situada al frente de donde murió Cueho. Debido a su corta edad, a los mimos y al buen cuidado de sus amos, Marquiez era juguetón y manso: como tal, se había hecho amigo de Cueho y, aunque éste era viejo, no por eso dejaba de jugar con el cachorro, cada vez que se encontraban. Seguían, pues, ambos, y por esto, Marquiez renunciaba a dormir en el corral de la casa de sus amos, por acompañar al pobre Cueho. Terminó diciendo la ancianita vecina: "parecen gente estos animales"!

Por la tarde, cuando regresé a mi trabajo, me enteré de que Marquiez siguió cuidando a su amigo hasta que vino el camión de la baja policía y cargó con el viejo Cueho.

Esta breve historia, narrada sin la galanura del arte literario, nos demuestra el grado de solidaridad de los animales inferiores al hombre. — ¡Bello ejemplo de amistad, de compañerismo, que se llama Solidaridad de especie: solidaridad que rige no sólo la vida animal, sino que, también

es ley universal que abarca toda la Naturaleza.

Solo, en la especie humana, se rompe, esa ley de la Solidaridad, debido al Parasitismo Social, que adora el becerro de oro, y se ha encaramado en el Poder, so pretexto de que son los más aptos y los más fuertes. Parasitismo Social, que estruja la vida de las laboriosas abejas humanas, que las aniquila, sometiéndolas á trabajos rudos é insalubres, retribuidos merquinamente con Salarios que sumergen en el mar de la miseria y en degradaciones morales y físicas, á esas industriosas abejas del colmenar social.

¡ Cruel contraste que, por un sarcasmo, se sucede en la especie humana y que no se vé en las demás especies inferiores, pues, el tigre, con toda su ferocidad, no devora á otro tigre, para saciar su hambre; el león, con todo su poder felino, no somete á otro león á la esclavitud, para hacerle trabajar y vivir á sus espensas. — Es que la Sociedad humana, tal como está constituida, ha roto con el equilibrio con la armonía, que es ley universal en todas las manifestaciones de vida de la Madre Naturaleza.

El Hombre, convertido en parásito, en holgazán, en explotador, en dominador, en embaucador y mixtificador de la verdad, creyendo superarse á si mismo, y deseoso de alcanzar plenamente goces, riquezas, honores y comodida-

des, ha hecho del mesquino egoísmo individual, su credo supremo, y, teniendo por divisa el histórico grito: enriqueceos!, ha olvidado la ley más hermosa y social de la familia humana: la ley de la Solidaridad: ley que de cumplirse, conducirá a la humanidad, por los cauces de la armonía y la justicia, hacia la verdadera superación de la especie; hacia la Belleza de la Vida, hacia la Libertad individual, bajo el principio: "Amaos los unos a los otros", principio que, no por ser tan viejo, deja de ser hermoso y, de una necesidad imperiosa, en la actual civilización, que se suicida lentamente con sus antagonismos económicos, sus odiosidades políticas, religiosas y patrióticas, sus afanes de armamentismo y guerras internacionales, y sus dictaduras gubernamentales, contra las clases desvalidas, indefensas y productoras, que solo tienen por armas de verdadero progreso: sus anhelos de justicia reparadora, su solidaridad de hermanos, engendrados por esa madre Miséria, y su voluntad puesta al servicio de un ideal emancipador.

Es por esto, que actos tan hermosos y tan altamente humanistas, como el que esta noche se realiza, se ven siempre en la clase trabajadora, acusada o motejada, por ciertos escritores o intelectuales de las clases predominantes, de clase inferior o retrazada, en la civilización huma-

na; y que, como tal, tiene la obligación de trabajar y obedecer, mientras ellos, los acaparadores del Saber y del Poder económico y político, tienen todos los derechos, inclusive el de explotarnos inicuaamente, mientras contamos con energías suficientes para producir bastante para ellos; y, después, arrojarnos a las negras fauces del Hambre, cuando llegamos al ocaso de nuestra existencia.

Para muchos de los presentes, les será extraño que yo, en esta deshilvanada disertación, haya comenzado a narrar burdamente la historia de Cucho y Marquíz, para terminar hablando de la hermosa ley de Solidaridad.

Pero es, respetable auditorio, que pretendo gravar, en la memoria de cada uno, como quedó impreso en la mía, la admirable y bella lección de amistad, de compañerismo, de solidaridad, de dos animales inferiores al Hombre. Y es que quiero, también, que el bello principio de Solidaridad que, felizmente, no olvida la clase trabajadora, que sea cultivada, cada día, con mayor esmero, con mayor extensión y eficacia, para bien, de todos los que no tenemos asiento en el banquete de los actuales satisfechos; para bien del Idial emancipador, que triunfará, no cabe duda, en el futuro, debido a la Solidaridad, a la inteligencia, a la voluntad y energía de los trabajadores organizados.

de O. P. "Estrella del Perú", no solo me ha brindado su apoyo económico, en esta crisis de mi salud, sino que, también, supo defender, en mí, las libertades públicas, cuando las autoridades, creyendo ahogar en mí, los sentimientos de justicia y reivindicación económica del gremio o de toda la colectividad productora, me apresaban encerrándome en sucios calabozos, donde esperaban amainar mis rebeldías y quebrantar mis convicciones, con prolongadas incomunicaciones, con el secuestro y las merquinas dietas alimenticias, hasta con el insulto y la tortura.

Quiero aprovechar de este momento feliz para hacer extensiva mi gratitud a todos mis compañeros de ideas, a todos los trabajadores de otros oficios, que durante mi prolongada enfermedad, me trajeron un alivio moral o pecuniario, me trajeron el remedio confortante de sus cariñosas charlas y el recuerdo de mejores tiempos, ya idos, de las luchas proletarias. Gracias, pues, a todos este distinguido auditorio, a todos los que me han ayudado a sobrellevar esta vida de inválido del cuerpo físico; pero, no de mis convicciones, ni de mi profunda fé en la redención de la clase productora.

Cuando hablamos de organización obrera con fines de luchas materiales, no podemos dejar de referirnos a la obra cultural que ella realiza, muchas veces sin quererlo, ó sin darse cuenta del inmenso valor de la cultura, en general, que no solo despierta, en el obrero, el afán de mejorar sus condiciones materiales, sino que lo eleva á planos superiores de moral y educación. Es que el valor intrínseco de la organización sería nulo, si no llevara consigo, el valor eficiente y complementario de la cultura.

Recuerdo mucho que, cuando los libertarios dábamos comienzo á la organización de los obreros tejedores, en Vitarte, allá por el año 1906, había en este lugar fabril, casas de juego, de tolerancia y tabernas, cuyos regentes hacían pingües ganancias, trayéndose á Lima, los días lunes, el salario semanal, ganado por los obreros en trabajos rudos y en pésimas condiciones.

Peró, con la asociación, y mediante la huelga, por ventajas económicas, reformas en el trabajo y buen trato á sus personas, los obreros salieron del limbo de la esclavitud económica y del aplanamiento moral en que vivían; entrevieron nuevos horizontes sociales; conocieron experimentalmente el valor que representaban como clase productora; midieron la fuerza y el alcance de su asociación frente á sus succionadores; las luchas y las agitaciones sociales agudizaron su inteligencia; comenzaron á pensar por propia cuenta, á sentirse hombres, y á libertarse de los antros de corrupción y degeneración físico-moral, en que



estaban sumidos, por su ignorancia y el abandono moral, en que habían permanecido hasta antes de la organización.

Las conferencias, conversaciones y prensa de los libertarios, la biblioteca gremial establecida después, completaron la obra de organización y cultura. Como consecuencia de toda esta labor de luchas económicas-sociales y de inquietud por ideales de redención, que despertó, en los obreros, un afán de instrucción, educación y elevación moral; el garito, la taberna y el prostíbulo tuvieron que levantar sus campamentos, dando los obreros vitarinos el hermoso ejemplo de regeneración moral, de desarrollo intelectual, por sí mismos, sin necesidad de leyes prohibitivas ni castigos represivos, por cuenta de un poder extraño.

He ahí por qué la organización de los productores, sobre bases económica-sociales, y con una orientación definida de emancipación de todos los expoliados por el Parasitismo Social, adquiere vital importancia en la civilización progresiva de la Humanidad.

Los trabajadores al asociarnos por oficios o por industrias, no descuidamos, no debemos descuidar, el aspecto cultural que entraña la organización. — Debemos tener presente que: Organización y Cultura son dos fascetas, íntimamente ligadas, de esa brillante piedra angular, sobre la que descansa la asociación, y que se llama: Solidaridad. Nosotros, precisamente, por ser una clase que, desde temprana edad, nos vemos obligados a dejar la escuela para entrar al centro de la explotación humana, debemos preocuparnos, con cariño, de nuestra educación espiritual, enriqueciendo nuestra mente con el patrimonio intelectual.

hoy, tambien, en poder de los acaparadores de la riqueza material.

Si los obreros, sabemos apreciar todo el valor de nuestra asociacion, tambien debemos valorizar, debidamente, la cultura en toda su riqueza de regeneracion fisica y moral, y superacion educativa: debemos reconocer, que todo el triunfo de nuestras aspiraciones materiales e ideologicas estan en la organizacion y la cultura.

Pero, debemos saber distinguir, entre la cultura que tienen, y que nos dan regateadas y sofisticada, las clases poseedoras del Saber, y la cultura que debemos tener nosotros, que anhelamos libertarnos de los ignominiosos yugos y dogales que nos imponen los sanguinuelas y holgazanes del actual desorden social.

La organizacion y la cultura deben ser, para nosotros, herramientas de dignificacion y liberacion; deben servirnos como brujas de orientacion salvadora, en estas marejadas tempestuosas de la oprobiosa vida de esclavitud economico-politica, en que navegamos como galeotos forzados. Por lo tanto, debemos rechazar, toda cultura de esencia burguesa o medio burguesa, por estar vaciada en los anticuados moldes de sumision y obediencia, para los de abajo; por tener como bases, la mentira y el sofisma, la supercheria, la leyenda o la fabula; por sostener la creencia en mitos que no resisten a la critica de la verdad y la razon; por querer sujetar al pueblo llano a principios autoritarios y a erroneas tradiciones y absurdos convencionalismos.

Necesitamos, entonces, crear una cultura proletaria. Mejor

dicho, necesitamos proseguir difundiendo la cultura proletaria y emancipadora que comenzara allá por el año 1904, con la publicación del periódico libertario "Los Pájaros," dirigido por el siempre recordado Maestro Manuel Gonzales Prada; cultura que recibió el riego fecundo de la masa obrera, el 1º de Mayo de 1905, al conmemorar esta grandiosa fecha, digna y revolucionariamente, la F. de O. P. "Estrella del Perú"; cultura que nunca descuidó su divulgación, el decano de la prensa obrera "La Protesta"; cultura que desarrollara ampliamente la Federación Obrera Regional Peruana, en los mejores años de la asociación obrera, 1919-20-21 y 22, por medio de las conferencias, la prensa gremial y doctrinaria, la difusión de libros y folletos, la instalación de bibliotecas y centros de arte escénico y musical.

Esta es la cultura proletaria que necesitamos fomentar, frente a la cultura de los parásitos sociales o de esa otra cultura, barnizada de reformismos, que pretenden darnos los profesionales de la Curandería y curanderismo político.

La cultura proletaria debe ser producto de una auto-educación del mismo obrero: este debe interesarse por la lectura, debe tener una gran preocupación, por buscar la verdad, en las páginas de los libros, debe beber de las limpidas aguas de la Ciencia, más no de esa Ciencia fosilizada y amurallada, en las universidades, de las cuales, ~~no~~ solo han salido una minoría de parásitos que viven a expensas de millones de ~~analfabetos~~ ~~analfabetos~~ o semi-analfabetos desiminados por la república.

Compañeros: propiciemos, pues, nuestra cultura, mejor dicho, continuemos la obra que la hemos abandonado, dejando de publicar nuestro órgano: "La Voz del Panadero"; dejando de enriquecer con nuevos libros nuestra empobrecida Biblioteca.

No olvidemos, compañeros, que la cultura proletaria tiene que ser eminentemente libertaria. Así, mientras la cultura burguesa educa y disciplina a las masas para la esclavitud, nuestra cultura educa nuestro espíritu para el bien, fortalece nuestra voluntad, aviva nuestra inteligencia, nos hace ser conductor de nosotros mismos hacia un porvenir de libertad y de bienestar social.

En síntesis: si nuestra asociación es contra la explotación y avaricia capitalistas, nuestra cultura proletaria es contra la ignorancia en que nos mantiene el Parasitismo Social: si nuestra solidaridad vence la resistencia y el despotismo de los capitalistas, nuestra cultura proletaria, es el faro luminoso que nos guía al anorado puerto de redención social: nuestra asociación y nuestra cultura van socavando las bases morales, políticas y económicas de la sociedad ca-

fritalista.

No olvidemos, compañeros, que si hoy somos fuertes por la organización, seremos mucho más fuertes con la cultura nuestra, pues, con el desarrollo de nuestra inteligencia y con nuestra férrea voluntad, tendremos mayores probabilidades de triunfo en nuestras luchas mayoritarias, y sabremos edificar una nueva Sociedad de bienestar y libertad, sobre los escombros de esta sociedad del Parasitismo Social, que se resquebraja por el peso de sus propios vicios y privilegios.

He dicho.

*Delfín Lezano*

Lima, 10 de febrero de 1934